https://www.santegidio.org/pageID/30256/langID/es/itemID/840/Andrea-Riccardi--Oriente-y-Occidente--Di%C3%A1logos-de-civilizaci%C3%B3n.html

Andrea Riccardi
Conferencia Internacional Oriente y Occidente, Diálogos de civilización
París, 24 de mayo de 2016

Oriente y Occidente. Así lo hemos interpretado desde el inicio: como un diálogo entre civilizaciones, no entre religiones, entre instituciones políticas u otra cosa. Y el diálogo continúa, tras el encuentro de hace un año, en junio de 2015, en Florencia. Hoy continúa en París, una gran capital de la cultura occidental, y también una ciudad donde los mundos orientales se mezclan con los occidentales de manera particular. París es una gran capital de la cultura, porque es una sociedad profundamente marcada por una historia de libertad y de respeto de la pluralidad de ideales y de identidades. La cultura, efectivamente, necesita libertad para crecer.

El hecho de que hayamos continuado el diálogo entre Oriente y Occidente, a pesar de las dificultades, se debe a una voluntad tenaz de no dejar que caigan los puentes, y también de la decisión de continuar construyendo simpatía e intercambio de ideas. Periódicamente queremos analizar cuál es la relación entre las dos civilizaciones. Hace un año, en Florencia, el gran imán de Al-Azhar, Ahmed Al-Tayyeb, definió bien nuestro trabajo: "una plataforma común para la complementariedad". Y añadía que entre las dos civilizaciones "no hay alternativas a la solidaridad". Por eso, paso a paso, queremos desarrollar una plataforma ampliada de la complementariedad. Diálogo significa abandonar la arrogancia y la sospecha, como Al-Tayyeb decía en Florencia.

Eso no significa –repito– un diálogo entre cristianismo e islam, sino entre dos universos culturales. Tampoco entre las religiones monoteístas. Son cuestiones importantes, pero distintos del evento que nos ocupa. Es un diálogo entre civilizaciones, religiosamente plurales. Evidentemente, en estas civilizaciones la religión es relevante, y lo es de manera distinta en Oriente y en Occidente. Lo digo aquí, a pocos pasos de Notre Dame de París, que es expresión de la historia del cristianismo de París; y no puedo olvidar el gran papel que ha tenido el pensamiento laico en la Francia contemporánea o el del judaísmo en Europa. Sin este pluralismo no se entiende la cultura occidental. Y nuestros amigos de Al-Azhar nos podrán hablar del papel y de la función de mediación de los cristianos de Oriente en la cultura oriental, donde el islam tiene el peso considerable que todos sabemos.

No obstante, las últimas décadas han comportado una cristalización de la relación entre Oriente y Occidente, como si estuvieran inevitablemente destinados a la incomprensión o al choque. Casi como si este choque respondiera a una incompatibilidad ancestral. Casi como si

realidad es que el escenario del mundo ha cambiado profundamente. En Oriente y en Occidente, en Europa y en los países mediterráneos, existe un nuevo protagonista, la globalización, que no es una civilización o una cultura, sino un mundo y un conjunto de procesos en los que todos –sin excluir a nadie– estamos sumergidos. Procesos ambivalentes que, por una parte, ponen en contacto y abren, pero por otra parte suscitan rigideces, conflictos y cristalizaciones.

Aquí, en la capital francesa, al igual que en todas partes, percibimos con fuerza un proceso global que, desde hace dos décadas, está cambiando la vida de los pueblos: es la mundialización que cambia la mentalidad, los referentes, las culturas y los comportamientos. Esta mundialización es nuestra historia y nuestro presente. No seremos nosotros, los que la rechacemos, cerrados en la nostalgia del pasado. Por otra parte, es inevitable, porque la globalización es nuestra vida.

No obstante, la nostalgia hace que vivamos cerrados en un tiempo que ya no existe. Eso a veces pasa también en los mundos religiosos, que se cierran en el pasado y que proclaman sus valores con los ojos cerrados. Pero las religiones –y pienso en el cristianismo– piden que los creyentes estén atentos: de ahí proviene lo que un teólogo de nuestro tiempo, José Tolentino, llama la "mística de los ojos abiertos", es decir, mirando la realidad. Un gran padre del cristianismo griego del siglo IV, Basilio de Cesarea, afirmaba que lo más importante para un cristiano es "vigilar cada día y cada hora". Eso significa vivir con los ojos abiertos al presente. Esa ha sido también una gran parte de la cultura occidental que, con la voluntad de conocer, ha tenido los ojos abiertos a la realidad. Es la mítica figura griega de Ulises que, al llegar a las columnas de Hércules, al estrecho de Gibraltar, quiere convencer a los suyos de que deben superar el límite que imponen el miedo, lo desconocido y la tradición. Así lo interpreta Dante Alighieri, el gran poeta de la lengua italiana:

"Considerad vuestra simiente:
hechos no fuisteis para vivir como brutos,
sino para perseguir virtud y conocimiento".

(vv. 112-120)

Esta es la traducción del texto antiguo: "considerad vuestro origen: no nacisteis para vivir como brutos (como animales), sino para practicar la virtud y aprender el conocimiento". Son palabras que pueden ser el manifiesto de la cultura occidental: superar los límites y crecer en un nuevo conocimiento.

Pero volvamos a nuestra realidad, el mundo global. Este comporta procesos de gran cambio y del consiguiente desarraigo entre personas acostumbradas durante siglos a vivir en horizontes nacionales o más pequeños. Tsvetan Todorov habla de sus contemporáneos como unos

"desarraigados". Este "desarraigo", que no es más que falta de referentes seguros y de fronteras protectoras, provoca el gran miedo de muchos pueblos occidentales: un miedo que genera cultura del miedo o política del miedo.

El miedo tiene consecuencias funestas en la relación y el diálogo con el otro: hace que seamos defensivos y agresivos al mismo tiempo. Es la madre de los muros reales y culturales del presente. El miedo aborrece el diálogo y el encuentro, y llega incluso a sentirse seguro cuando se desencadenan guerras culturales entre mundos y civilizaciones, que execran al otro y que delimitan fronteras.

Nuestras sociedades son sociedades emotivas. El estudioso francés Dominique Moïssi habla de "geopolítica de las emociones". Son sociedades emotivas. Es un problema en Europa ante desafíos dramáticos como el terrorismo, el impacto de la emigración, los refugiados, las crisis económicas, la relación con el otro: la geopolítica de las emociones genera populismos, nacionalismos y xenofobia. La geografía de las emociones crea imágenes distorsionadas del otro.

Además, para algunos la globalización es la victoria de Occidente: Serge Latouche habla de una occidentalización del mundo entero. No es así, entre otros motivos por el papel preponderante del factor económico en los procesos globalizantes. La globalización, que tiene mucha relación con Occidente, no es una cultura occidental ampliada sino algo distinto. Ante el mundo globalizado, nos preguntamos críticamente sobre la suerte de los derechos humanos, del humanismo, de la democracia y de sus instituciones. También la civilización occidental contemporánea tiene que confrontarse críticamente con la globalización. La globalización, por su parte, debe confrontarse con las culturas históricas de los pueblos, que se han consolidado en las herencias de las distintas civilizaciones. Debe transitar a través de ellas.

Sin embargo, muy a menudo, en nuestros países europeos nos encontramos ante procesos de desculturización, de destrucción de culturas, que quedan reducidas a arqueología y no a algo dinámico y popular. Olivier Roy, ilustre islamólogo francés, ha insistido mucho en este proceso de enajenación de las culturas y en sus consecuencias sobre las jóvenes generaciones. Pero se trata de algo de mayor alcance: la crisis de las culturas, como identidades históricas. De ese modo, afrontamos los grandes procesos de globalización con identidades mermadas y con culturas debilitadas.

Por otra parte, hace años Marshall Mc Luhan, el estudioso canadiense que acuñó ya entonces la interpretación del mundo como aldea global, insistía en la crisis que provocan la invasión de los medios de comunicación, que hacía que las personas perdieran su identidad, la masificación de las personas y la crisis de las identidades. Tenía razón, aunque el proceso se

ha adelantado mucho respecto de las previsiones, y ha creado una forma de desculturación generalizada.

La desculturación provoca indiferencia ante los grandes temas, lleva a la gente a cerrarse en su mundo individual. En nuestro Occidente, tan sensible a los temas de los derechos humanos y tan atento a la paz, se ha producido una fuerte atenuación de este tipo de atención. Hemos pasado de las grandes manifestaciones contra la guerra de Iraq de 2003 al silencio distraído ante la guerra que ha destruido Siria. ¿Qué ha pasado? ¿De dónde viene esta indiferencia? Precisamente del proceso de desculturación, de crisis de valores y de pasiones: ¡todos más indiferentes!

Hay un gran vacío. Lo vemos sobre todo en las periferias de las ciudades, entre los periféricos a los grandes ojos de un mundo global. Aquí hay grandes vacíos de cultura, de identidad, de orientación, de lectura de la realidad. Estos vacíos son muy preocupantes. Porque el vacío no puede quedar vacío y es invivible: algo lo tiene que llenar.

Vemos, por ejemplo, que la crisis de las culturas y de las identidades genera otros fenómenos peligrosos, como el radicalismo religioso y el terrorismo de matriz religiosa. Eso es lo que vimos con los ataques terroristas aquí mismo, en París, y en varios lugares de Europa y del Mediterráneo. Este fenómeno lleva a que grupos o personas radicalizados en su vida periférica utilicen la religión como ideología para justificarse. El problema de la radicalización no es la religión a la que aluden sino más bien al vacío de ideas, de cultura, de comprensión de la realidad. Los radicalismos no crecen en la escuela de las religiones, sino en el vacío de nuestras ciudades sin alma.

El final de las grandes ideologías políticas, con todas sus ambigüedades y contradicciones, ha sido el inicio del eclipse de muchas culturas de masa en las que participaban millones de personas en Occidente. Eran ideologías que, de algún modo, comportaban una participación democrática. El desafecto actual por la democracia (lo vemos en la constante disminución en la participación en las elecciones) dice mucho de lo necesario que es meditar nuevamente sobre el valor de la cultura. Como afirmaba un intelectual italiano, Pietro Scoppola, "la democracia no se crea por decreto, es una cultura".

Los mecanismos del mundo global corren el peligro de vaciar las democracias cediendo a las emociones. Hay que reflexionar sobre lo que significa cultura como elemento dinámico de la vida democrática. La historia de las democracias occidentales siempre ha ido acompañada del crecimiento de la cultura liberal, democrática y socialista. Por eso la democracia no debe imponerse desde fuera, sino que debe madurar en una cultura compartida.

Los mismos valores, aun siendo tan importantes, no son dogmas sino que viven, crecen y se comunican en la cultura. Las grandes religiones, en su larguísima historia, han entrado en contacto con las culturas y las civilizaciones, las han asumido y las han transformado. Esta ha sido la historia del cristianismo, que ya en su inicio se confrontó con la cultura grecorromana; y también ha sido la historia del cristianismo en el siglo XX en contacto con la gran cultura de los derechos humanos, de las libertades, de la democracia y de los desafíos de solidaridad. El diálogo ha creado ósmosis felices y constructivas.

El mundo global, sin fronteras y con su rápida comunicación, necesita que lo habiten culturas y civilizaciones. El gran problema del siglo XXI, con sus horizontes inconmensurables, consiste en ser habitado por las culturas, por las civilizaciones, para librarse del dominio único de las razones del mercado o del juego de los medios de comunicación. Esa es la gran tarea de la cultura occidental que, en el diálogo con Oriente, recibe un estímulo para replantearse a sí misma. Y también es –creo poderlo afirmar– el desafío de Oriente frente a los radicalismos. El diálogo es ya el inicio de una fase nueva: aquella plataforma de complementariedad que llena y habita los vacíos que ha abierto el proceso de globalización. Por eso querría terminar con las palabras Marc Chagall, pintor ruso de origen judío: "Si toda la vida va inevitablemente hacia su final... debemos pintarla con nuestros colores de amor y de esperanza". Tenemos que pintar las grandes zonas grises del mundo global con los colores de nuestra cultura, de nuestra fe, en definitiva, de nuestro amor y de nuestra esperanza. Así humanizamos nuestro tiempo.